

El vendedor de cosas muertas

Eduardo Alfredo Ortiz Montero*

En la retroventa de Otoniel Cáceres se podía conseguir hierros viejos, repuestos de máquinas de moler a mano, ollas y cucharas usadas; se intercambiaban monedas defectuosas de plata con licuadoras restauradas, cuadros de San Juan Nepomuceno con los libros brujos de San Cipriano. En la entrada posaba un indígena de madera con nariguera de media luna y cusma de lana de oveja pintada de marrón.

El negocio era punto de encuentro de anticuarios quebrados, traficantes de piezas precolombinas y falsificadores de cuanto objeto comercial podría producirse en los talleres de los alfareros, forjadores y orfebres de la ciudad.

El negocio del Loco Cáceres tenía un rótulo con luces de colores que rezaba “Compra Venta de Antigüedades Originales” la ciudad sabía que allá se llevaban las reliquias de las familias acosadas por las deudas y los servicios públicos a cambio de poco dinero y de encima les daban objetos hechizos.

Las ánforas y las figurillas de mambeadores de coca, usados por los antepasados indígenas en entierros secundarios y como recipientes para el polvo celeste, se elaboraban en el taller del maestro Gatrulino García con pedazos de cerámica prehispánica molida, se llenaban con guarapo de caña y orines humanos, se enterraban por unos seis meses a fin de que adquirieran el olor característico a adobe o tierra guardada; los rombos, las líneas cruzadas y los círculos geométricos se copiaban en museos locales, en colecciones privadas o en los textos del profesor Miranda Granda; antes de quemarlas se pintaban con colores naturales: el negro se obtenía de mezclar piedras de río, con carbón, tinta de mortiño y frutos de qatay siky; el rojo de un revuelto de piedras

* Docente del departamento de humanidades y filosofía. Universidad de Nariño.
Correo: runasacha25@gmail.com

o cantos púrpuras del río con cáscara de albarracín del monte; el amarillo crema se sacaba de una mezcla de arcilla blanca con ocre terroso u óxido de hierro hidratado como diría el profesor Pedro; una vez cocidas las piezas en hornos de leña se volvían a pintar a fin de afianzar el color y enterrarlos a dos metros de profundidad en sepulcros en forma redonda.

Con la intención de engañar a los turistas El Loco Cáceres arrendó un lote de terreno en El Motilón, al lado de La Laguna de la Cocha, destapó los socavones abandonados por los gUAQUEROS de los años 80, los llenó con las piezas falsas hechas por Gratulino y llevaba a los extranjeros en un tour de excavaciones que duraban entre cuatro y seis días; les brindaba comidas típicas; organizaba fogatas nocturnas, con chicha, guarapo, guayusa y chapil, acompañadas de músicos indígenas que entonaban sanjuanitos con sus flautas de carrizo; a los forasteros les enseñaban a usar la varilla de acero, la baqueta, la pala y otros instrumentos de gUAQUERÍA y, se entusiasmaban hasta el delirio cuando lograban sacar las piezas indígenas.

El recorrido consistía en visitar un museo local con el objetivo de que conozcan el olor, el color y las formas del arte precolombino, negociaban el precio de las excursiones, acordaban partir a mitades los posibles hallazgos y empezaban a abrir huecos de exploración en dos o más terrenos, en busca de indicios de los objetos arqueológicas y llegaban al cuarto día al sitio donde se encontraba la cerámica; Cáceres les vendía su parte y todos felices volvían a Pasto, donde los turistas nacionales podían completar su colección con las muestras que ofrecía la compraventa El Rebusque, como se conocía en la ciudad.

Una adivina medio lectora del tabaco, le predijo a Marino Cáceres que hallaría un tesoro, se cansó de buscarlo en cinco años de gUAQUERÍA, encontró solo barro cocido liso y pintado, por casualidad volvió al consultorio de la Chavita y le propuso que a cambio del tesoro prometido por lo menos le diera una buena mujer, la maestra del alquitrán leyó de nuevo el cuerno de tabaco e insistió que las brasas parpadeantes se paseaban tercamente de un lado a otro y que se quedaban en un punto formando una candela resplandeciente que indicaba el sitio del tesoro y que al lado había un hueco de carbón que mostraba la cercanía de bastante agua.

Con la promesa renovada del tesoro, fue a la compraventa, un campesino de la vereda Casapamba del Encanto le llevó a vender un par de aretes de oro de 24 quilates, Cáceres se hizo cargo de los gastos de la expedición y esa misma tarde partieron con el aldeano y se pusieron a escarbar en el terreno del hallazgo de los zarcillos y en las fincas de los vecinos, a las tres semanas solo encontraron barro pintado y liso, muchos esqueletos y ni una sola pieza de oro; maldijo su

suerte y a la pitonisa y se volvió a la compraventa que en su ausencia un hermano suyo que la convirtió en una cantina de mala muerte.

Esa misma semana el campesino Julio Jojoa le llevó a vender un sostén de copas medianas, decorado con figuras de micos y jaguares, le contó que lo encontraron al repasar uno de los huecos excavados por Cáceres, que todos estaban revisados y fue lo único que hallaron, negociaron la pieza en cinco millones, El Loco les dio tres millones y el resto cuando la venda.

Cáceres vendió el sujetador aborígen al Francés quién tenía un restaurante en Pasto, olía a ajo, como si fuese un habitante de la calle, decían los guaqueros que daba la impresión de no haberse bañado desde el día que nació cuando debieron bañarlo en un hospital y, que enviaba los objetos a Francia por encomiendas, pintándolos con ténpera y en medio de artesanías; lo negociaron en nueve millones, Cáceres le encimó varios cascabeles de tumbaga, el comprador lo invitó a una cena de celebración en su restaurante.

A Julio Jojoa y su familia no los dejaban dormir las pesadillas, soñaban a los indígenas muertos que reclamaban ollas, platos y sus objetos de adorno, tuvieron que volver a enterrar toda la alfarería pintada ni aun así Hortensia Jossa su mujer se libró de un fuerte cuscanque o aire enfermizo de muerto; muchas curanderas desbarataron sus escobas hechas con ramas de ruda y altamiza a fin de sacarle el espíritu de la antigua dueña el sostén, en sueños se mostraba como una señora madura, con tocado de plumas de guacamaya, collares con mullos de oro, acompañada con una lanza labrada con serpientes entrelazadas, con la punta de tumbaga amenazaba con romperle el corazón a la mujer que soñaba.

Julio hizo celebrar una misa con el cura del Encanto y hasta buscó en vano a un botánico empírico de Nariño, que realizó conjuros con cantos y plantas que llamaban a los espíritus del oro y convocaban al iaia de la mujer india a fin que el sujetador no pudiera venderse. Derrotado y confundido por la ineficacia de la magia, Julio fue a buscar al Loco Cáceres con la intención de negociar la devolución del sostén, le ofreció los cinco millones y quinientos mil pesos más por las molestias ocasionadas. Cáceres le contó que no había nada que hacer, que tal vez el brasier estaba fundido o vendido a un intermediario mayor.

La noticia de las pesadillas voló por todo el pueblo del Encanto, venciendo el miedo a un mal aire, muchos amigos participaron en los rituales de curación con páramo chichaja o yagé de lo frío y se sorprendieron con la gran cantidad de ilusiones que observaron en las imágenes del

sueño, pero ninguno pudo convencer a la orgullosa indígena con plumas de guacamaya que le volviera la salud y la tranquilidad a doña Hortencia.

Cuando todo parecía perdido y el tiempo borraba las esperanzas, Julio se encontró por casualidad con Cáceres en una calle de la ciudad, en torno a un café le comentó la tristeza por perder la tranquilidad; Cáceres lo consoló contándole que el objeto raro se lo habían robado al francés hacía una semana, que no rompieron ninguna cerradura y que el francés estaba desconcertado porque el escondite nadie más lo conocía.

Al volver a Casapamba Julio se encontró con la noticia de que Hortencia había salido a recoger unas truchas donde su prima María de Jesús Matabamchoy y que nunca regresó; cuadrillas de voluntarios la buscaron por los alrededores y en la laguna, pero ni el rastro de una tira de su vestido rojo; durante las semanas siguientes las habladoras coincidían que la mujer de la lanza de tumbaga y las plumas de guacamaya la había llevado a la otra vida para que le descuente con trabajo y su alma el brasier de oro.